
FILOSOFÍA PRIMERA

Ver: *Noología / Metafísica / Filosofía*

«Los problemas de la filosofía no son, en el fondo, sino el problema de la filosofía.»

[Zubiri, Xavier: *Naturaleza, Historia, Dios*. Madrid: Editora Nacional, 1944, p. 144]

•

«Aristóteles encuentra justificada su preocupación ante la inmensa variedad de zonas que la *epistémé* filosófica abarcaba en su tiempo. En realidad, lo que se tenía eran muchas ciencias filosóficas, en las que lo único que les daba unidad era el adjetivo "filosóficas". Pero el sentido de este adjetivo fue haciéndose cada vez más turbio y oscuro a medida que había ido enriqueciéndose su contenido. ¿Qué hay, pues, en todas estas ciencias que justifique su epíteto de filosóficas? En el fondo, Aristóteles trata de hacernos ver que entre tantas filosofías, lo filosófico de todas ellas, *la* filosofía, ha ido ocultando su esencia tras la floración exuberante de los conocimientos filosóficos. Si pudiéramos saber con rigor qué es lo filosófico en todas estas filosofías, habríamos descubierto algo que sería una filosofía de tipo nuevo, de tipo superior a las existentes hasta entonces, una filosofía que no sería un saber filosófico acerca de *un objeto más*, de una nueva zona del mundo, sino que sería la filosofía de todo saber filosófico en cuanto tal. Por esto Aristóteles la llamó, *programáticamente* también, la filosofía por excelencia, el saber filosófico en primera línea, el saber filosófico propiamente dicho, o como él dice "*filosofía primera*". Frente a ella, las filosofías de su tiempo serían filosofías más o menos "regionales", como se decía hace unos años; *filosofías segundas* las llamaba él.»

[Zubiri, Xavier: *Naturaleza, Historia, Dios*. Madrid: Editora Nacional, 1944, p. 103]

•

«Lo decisivo en el carácter problemático del saber filosófico no son los problemas de la filosofía. Lo problemático en la filosofía es la filosofía misma. Filosofía es término que designa, ante todo, un problema.»

[Zubiri, Xavier: *Sobre el problema de la filosofía y otros escritos (1932-1944)*. Madrid: Alianza Editorial, 2003, p. 31]

•
«Si la causalidad es la funcionalidad de lo real en tanto que real, el poder es la dominación de lo real en tanto que real.

Esta idea del poder, de la *Macht*, es cosa completamente distinta de la *dýnamis* griega y de la *Kraft*, de la fuerza de las cosas. El poder es algo que está inscrito precisamente en la estructura misma del mundo.

Así nació efectivamente la Filosofía.

Recuerdo aquí el fragmento de Anaximandro (D.-K. 12 B 1, 1-2) donde dice que el *ápeiron*, lo indefinido, es la *arché*, el principio del mundo, del cual todas las cosas salen, y al cual volverán todas después de cierto tiempo, pagando justicia al hecho de haber salido de este *ápeiron*. Ahora bien, ahí aparece el *arché* en tres funciones distintas. *Primero* siendo el *comienzo* del mundo. Es la función *arcaica*. En este sentido, como arcaico, lo pasado, lo pasado del mundo que va desapareciendo o que por lo menos no se identifica con ninguna de las cosas que existen en el Universo, sin duda tiene ciertamente un predominio sobre lo real, ya constituido.

Pero en *segundo lugar* ese *ápeiron*, ese indefinido, es el principio, *arché*, como diría Aristóteles, intrínseco precisamente a cada una de las realidades, las cuales, cada una de ellas, está constituida formalmente por ese *arché* que llevan en su seno, y del cual intrínsecamente emergen, y llegan a estar constituidas tal como son. Ahí el *arché* no es arcaico, sino que es *árquico*: tiene un carácter de principio interno y constitutivo.

Pero no hay solamente eso, sino que – si mi referencia ha sido exacta; acaso las palabras no concuerdan del todo, pero la idea sí – volverán las cosas después de un cierto tiempo a pagar justicia, *díke*, y más que justicia habría que decir “justeza”. Es mala traducción justicia porque la justicia evoca siempre una cualidad moral y no se trata de eso, se trata justamente del ajustamiento, de la justeza, ese concepto que reaparecerá más tarde en Heráclito con el nombre de *harmonía*. *Harmonía* en Heráclito no significa una armonización, sino justamente el ensamblaje de unas piezas de carpintería. Por esto podría decir Heráclito *armonía aphanés phanerés kréiton*: que el ensamblaje que no se ve es más fuerte que aquél que se ve.

Pues bien, en este sentido la justeza, el ajustamiento, hace que reviertan las cosas a su principio, al principio de donde salieron. Y en este sentido el *arché* tiene un carácter que no es arcaico y ni *árquico*, sino un carácter rigurosamente *arcóntico*. Es el supremo arconte del Universo.

La unidad intrínseca de estas tres dimensiones es lo que constituye *el Poder*. Y ese Poder del *arché* es justamente aquello que da lugar, según Anaximandro, a las vicisitudes del Universo, y con cuya enunciación nació la Filosofía en el mundo.

El dinamismo tomado sintéticamente en los dos aspectos de causalidad y de poder, es el poderío causal de la realidad en tanto que realidad.»

[Xavier Zubiri: *Estructura dinámica de la realidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1995, p. 320-321]

•

«A lo largo de la historia de la filosofía se ha propendido a manifestar distintas consideraciones acerca del hombre. Una, por ejemplo, que va desde Platón a nuestros días, hace del hombre una realidad estratificada: por un lado, un organismo; por otro lado, un psiquismo con su estrato vegetativo, sin estrato sensitivo y su estrato intelectual. Pero el hombre no es una realidad estratificada, sino una sustantividad que ejecuta una sola cosa: un acto vital en el que se posee a sí mismo en forma de automorfismo y en forma de autodefinición.

También Aristóteles pretendió lograr una concepción unitaria del hombre: el hombre como una unidad fue la definición formal de Aristóteles, pero una unidad que, sobre todo a lo largo de la filosofía medieval y de la filosofía moderna, ha cobrado el carácter de lo que pudiera llamarse una unidad braquial, esto es, como de un árbol; una sustancia de la que emergen ramas, cada una de las cuales es una potencia. La unidad del hombre es la de una sustantividad que no puede ejecutar una actividad estrictamente unitaria. Podrá ser polarizada más en un sentido que en otro, pero no puede interpretarse como una congerie de potencias vinculadas entre sí por una estructura de adición, o por una estructura de subalternación imperante y despótica. El hombre no es una sustancialidad, sino una sustantividad, y aquello que constituye su sustantividad no es el ser racional, sino el ser inteligencia sentiente.

Tampoco la división bipartita desde las categorías de zoé y bios da cuenta de lo que es en realidad el hombre. Ni siquiera la interpretación de ese bios desde la perspectiva de la comprensión del ser resuelve el problema. El ser, en efecto, es posterior constitutivamente a la realidad. Lo que es está montado constitutivamente sobre lo que hay, y lo que hay no le viene al hombre por ninguna comprensión del ser; le viene por la estructura psicofísica de su sustantividad, cuya última y radical posibilidad es una inteligencia sentiente. El hombre no es tampoco un ser en quien la existencia precede a la esencia; es algo completamente distinto. El hombre es una esencia abierta, abierta al orbe de la perfectividad, pero no al orbe de la sustantividad.

En definitiva, lo que decide de la realidad del hombre no es una forma de razón, porque incluso lo que decide cualquier forma de razón es la inteligencia. Cualquier forma de razón pende de que el hombre tenga inteligencia. Decir que el hombre con la razón aprehende la realidad es una verdad. Pero la aprehende no porque es razón, sino porque la razón es una forma de inteligencia. El hombre, repito, es constitutivamente inteligencia sentiente, y en su sustantividad misma es el hombre un animal de realidad, definido unitariamente en forma de corporeidad. Por serlo tiene que autoposeerse en decurrencia desde las cosas, desde sí mismo, y desde los

demás en orden a su propia, apropiada y apropiada felicidad, frente a la cual las demás posibilidades son siempre problemáticas. El acto de su apropiación es justamente su sancionamiento.

Toda esta concepción del hombre es el resultado de poner en marcha en torno al problema del hombre lo que ya expuse hace tiempo como problema de la Filosofía primera. La Filosofía primera no es una teoría del ente, como Aristóteles pretendió; no es propiamente una teoría de la verdad, como desde Descartes se ha venido pretendiendo; ni una teoría de la conciencia, como pretendía Kant y todo el siglo XIX; ni es una teoría del ser, como lo ha pretendido Heidegger. El ente, la verdad y la conciencia penden constitutivamente del ser, y el ser pende constitutivamente de la realidad. Lo que hay es anterior *kata physin*, por su naturaleza, a lo que es. La Filosofía primera es, por tanto, una teoría de la realidad. Donde la filosofía de Heidegger ha jugado con los conceptos de ser y ente ha fallado, porque hay tres términos: ser, ente y realidad. Con lo cual ha dejado de lado el problema radical de lo que es la realidad. La Filosofía primera es una teoría de la realidad, que obligará siempre a revertir a la forma de nuda inteligencia; es decir, a ese estar en la realidad que no es acción, sino actualidad, en que se actualiza la realidad en tanto que realidad.»

[Zubiri, X.: *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza Editorial, 1986, pp. 674-76]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten